

# Geografías imaginadas



Los modelos económicos, sociales, políticos y culturales sólo se manifiestan a plenitud encarnados en realizaciones prácticas, en ejemplos concretos, en geografías de carne y hueso que terminan siendo el insumo para unas geografías imaginadas profusamente idealizadas. En el transcurso del tiempo diferentes grupos, sectores, estamentos o clases de nuestro país han apelado a su conocimiento particular de las geografías de carne y hueso de Europa y los Estados Unidos para engendrar unas geografías imaginadas que, conciliando sus convicciones ideológicas con

sus preferencias culturales, han sido puestas para el calco en este tórrido terruño de selvas exuberantes, de inmensas llanuras y de imponentes montañas. Para algunos intelectuales latinoamericanos, este proyecto de nación por vía de la emulación, común a distintos países de la región, está en el principio mismo de nuestras vicisitudes como entidades nacionales.

Un primer itinerario fue la propia España, a la que conocimos menos por Madrid y más por Sevilla, menos por estirpes realengas y cortesanas y más por enjambres de funcionarios y administradores, hecho que sólo



nos dejó ver la monarquía encarnada en una ampulosa burocracia que, no sabemos aún, puede estar en el principio de esas creencias tan nuestras que llevan a la extrema pleitesía ante el servidor público quien a su vez no deja de creerse con soberana corona. Mal haríamos en inculparnos de entrada por este itinerario obligado con la cruz y por las armas, donde una metrópoli nos impuso desde las formas de nombrar las cosas hasta las cosas mismas que podían ser nombradas. Pero en el transcurso del tiempo, aún bien andados los siglos de la colonización, fue evidente que distintos estamentos locales hicieron todo lo posible porque fuéramos el hijo mejor parido por la madre patria, pero no por la España ilustrada, que no fue cosa extraña, sino por la España de los campos profundos, la de los señoríos feudales, la de los corrales.

Un segundo itinerario fue la Francia republicana y la Inglaterra civilizada o, mejor, lo que los nuestros alcanzaron a conocer de las calles de París y de Londres a secas. Corrían las primeras décadas de vida republicana cuando estos compatriotas, casi siempre funcionarios nombrados como plenipotenciarios, encontraron estas ciudades con aristocracias confinadas pero aún soberbias, con burguesías cada vez más predominantes, con clases trabajadoras cada vez más organizadas. Supieron entonces estos paisanos que las ciudades vibraban día y noche por efecto de unas industrias en crecimiento, que existían clubes, cafés y asociaciones destinados a la deliberación febril, que por los periódicos discurrían cientos de noticias, comentarios y opiniones, que había un universo de expresiones artísticas y estéticas para controvertir el mundo. Entonces esos algunos vieron en la España que pretendimos ser el atraso, reclamaron para nosotros

la república civilizada pujada por el progreso. Pusimos entonces los clubes, los cafés, las asociaciones y hasta las librerías y los teatros, pero grave problema: no pusimos las industrias, ni los industriales, ni los obreros, ni el proletariado. Pusimos instituciones republicanas, hasta presidentes, congresos y cortes, pero no pusimos derecho alguno, sólo auspiciamos deberes confesionales de parroquia. Una república de terrazgos y terrazgueros.

Un tercer itinerario fueron los deslumbrantes Estados Unidos de comienzos del siglo XX, rozagantes por sus colonizaciones internas, prósperos por industrializaciones masivas, ansiosos por los solares vecinos. También hasta allí fueron los nuestros, quizás no a las profundidades de Alabama o de Louisiana, pero sí a la centelleante Nueva York, con sus grandes edificios, con sus soberbios espectáculos, con esa portentosa clase financiera que recibía a manos llenas tanto los esfuerzos propios del pueblo estadounidense como el recaudo de medio siglo de intervenciones gringas por Centroamérica y el Caribe, incluidos los réditos del oeste otrora norte mexicano y de Panamá otrora noroccidente colombiano. Cómo no decir que había resentimientos, pero también cómo no decir que entre los paisanos hubo muchos que vieron en el *american way of life* lo que bien podía llegar a ser la vidivera bogotana. Hicimos uno que otro edificio con aires de metrópoli de bahía, intentamos hacer una que otra autópista que ya casi estamos terminando, hasta pusimos letreros en neón o empezamos a llamar a las niñas Luz Mary o Mary Bell, pero no pusimos medios de movilidad social, no creamos una portentosa clase media, hicimos una democracia sin promesas posibles sobre el capital, que es lo mismo que tener una monarquía sin rey o que hacer una re-



volución regresiva. Para empeorar las cosas, pocas veces vimos a los Estados Unidos encarnados en Boston o en Filadelfia; hoy sólo vemos a los Estados Unidos encarnados en La Florida, en Miami.

Un cuarto itinerario fueron los países del bloque socialista, férreos en orden, acometidos en la disciplina, con majestuosas ciudades heredadas de los tiempos del caos, con rígidas urbanizaciones surgidas de los tiempos del proletariado. También allí estuvieron los paisanos en medio de la guerra fría, conocieron los modelos de planificación de la economía, de estatalización de la sociedad, de oficialización de cualquier expresión cultural, tanto más en los intestinos de un mundo soviético surgido del feudo de los zares, tanto menos en los países más cercanos a la otra Europa que habían recibido las herencias del racionalismo ilustrado. Aunque el realismo mismo impidió a la paisanada cualquier geografía imaginada que no pasara por la selva profunda o la impenetrable montaña, no faltaron quienes pensaron que habría de llegar el día en que seríamos una especie de Rumania, un enclave donde concurrían arcanos esoterismos, expresiones folklóricas de toda índoles, acuciosos pensadores racionalistas y, obviamente, un gobierno del pueblo. Paradójicamente, fueron los sectores de derecha quienes más urdieron esta geografía imaginada revistiéndola como auténtica geografía demoníaca: hasta alcanzaron a advertir que no estaba lejano el día en

que las guerrillas bajarían triunfantes a lomo de mula por la carrera séptima, futura vía de la revolución, para luego remover de sus cimientos los innumerables bustos de gente que nadie conoce para erigir sobre ellos el panteón comunista. De cualquier manera, lo único que nos terminó conectando con el este de Europa fueron las mafias, recalcitradas allí por el poscomunismo y aquí por el anticomunismo.

Que Europa y Estados Unidos han sido fuentes privilegiadas de nuestras geografías imaginadas no cabe duda. No existe otra referencia, bueno, con excepción de esas que tienen en la cabeza los economistas que, tan cercanos a los modelos pero tan ajenos al mundo que modelan, han llegado a creer que podemos ser, cuando menos en el comportamiento económico, semejantes al Japón, a los tigres asiáticos o a China ¡Ay chinos! Tampoco faltan, hay que decirlo con toda sinceridad, las geografías imaginadas de otros sectores, no sólo populares obviamente, que tienen como referencia al México lindo y querido, antes al de las rancheras y las películas de rancheras, luego al de los telenovelones donde los ricos lloraban de la dicha, ahora, recientemente, más al México norteño que tanto cautivó a nuestros narcos y con el que ellos cautivaron a todo un país. De ese México bucólico de otras décadas sólo nos queda el cantinflismo, al que hemos erigido en arte superior de la política nacional ¡Hay está el detalle!

Bogotá, D.C.  
octubre de 2009

